

EL PERFIL DE LA QUIMERA

■

Raúl Andrade

PRESENTACIÓN

RAÚL ANDRADE, periodista y escritor ecuatoriano, nació en Quito en 1905 y murió en la misma ciudad en 1981. Descendiente de próceres liberales -su padre estuvo proscrito y su tío murió asesinado-, forjó en sí mismo un espíritu independiente y rebelde. "Historia, ética y cívica -dijo una vez- las aprendí directamente de mis antepasados. Literatura y gramática, leyendo y escribiendo. En cuanto a la geografía, la aprendí caminando y navegando..." Fue bohemio, diplomático, periodista, y un viajero infatigable: estuvo en Estados Unidos, México, Cuba, Centroamérica, Colombia, España, Francia, África del Norte ... Como tantos periodistas, como tantos viajeros, se escondió detrás de algunos pseudónimos: Carlos Riga, Juan de la Luna, Frank Barman... Sus numerosísimos artículos de la columna "Claraboya" se publicaron simultáneamente durante casi veinte años en treinta diarios de Hispanoamérica, entre ellos, *El Comercio*, de Quito; *Excélsior*, de México; *El Universal*, de Caracas; *El Tiempo*, de Bogotá; *El Mercurio*, de Santiago y Valparaíso, y *La Nación*, de Buenos Aires.

Como Martí, como Arciniegas, Uslar-Pietri o José Alvarado, Raúl Andrade consagró la mayor parte de su vida al periodismo. Su obra carece por ello de la unidad de propósito que advertimos en, por ejemplo, la de un novelista. Sin embargo, algunos de sus libros de ensayos, particularmente *El perfil de la quimera* -del que el presente texto es uno de los siete que lo conforman- son obras maestras del género.

Raúl Andrade cultivó una prosa preciosista, de inequívoca raigambre modernista. Destacaron sus páginas llenas de indignación e ironía, de humor sarcástico y agudeza de observación, líneas redactadas con esa indómita libertad de juicio, ese cinismo, esa elegancia y señorío verbal que habrían de convertirlo en el mayor ensayista ecuatoriano de la primera mitad del siglo XX, junto con Gonzalo Zaldumbide.

El perfil de la quimera ofrece especial interés por su despiadada visión de México, y aunque el autor proviene de un país hermano -con parecido origen racial

y cultural, con problemas afines- vale la pena reparar en la benéfica distancia de su mirada, la mirada del viajero.

Obras principales: *Cocktail's* (1937), *Gobelinos de niebla* (1949), *El perfil de la quimera* (1951) y *Barca de papel* (1980).

VLADIMIRO RIVAS ITURRALDE

Os decía, o quería decirlo, en ocasión pasada, que la lejanía es una comarca de angustia inventada por los sedentarios. Voy a trazáros aquí un esquemático perfil de esa quimera de niebla. No he rebasado, ciertamente, los confines del mundo. He sido un peregrino pequeño, apasionado y contemplativo, que ha ido comprobando en cada esquina la relatividad de la sorpresa. Bien habría querido internarme en el corazón de la distancia, perderme en la opacidad de los horizontes, diluirme en los caminos sin regreso. Mas, en el cruce de cada sendero, vigilaba un centurión con máscara antigás y ametralladora automática. Carecía del pasaporte indispensable para poder taladrar el panorama alambrado y penetrar en la fortificada lejanía. Con mi bordón de caña de Indias y mi valija de recuerdos no iba a llegar muy lejos.

A nadie le interesaba conocer mi pensamiento en torno a la certeza o la incerteza de mi escala marítima y terrestre. Así, por lo menos, las comprobaciones eran más seguras y exactas, más diáfanas y sinceras que en el caso de los viajeros profesionales, agentes vendedores del paisaje del mundo, que deben halagar a los empresarios del rumbo placentero. Un hondo y nunca disfrazado anhelo de partir había iluminado mis postreros años adolescentes. Estaba ahito de la fisonomía sin alteraciones de mi ciudad natal que, para mí al menos, fuera una dura y áspera madrastra, un terco monitor, una

encolerizada cariátide. Sus próceres de broma y mentirijilla, sus glorias hilarantes, sus convencionales mentiras, habíanme dotado de una personalidad irreverente, cubierta de una máscara desdeñosa y terrible de infante amargo y una aureola hartamente envidiable de alquimista de la burla. Entre la ciudad y yo se había abierto la zanja insalvable del rencor y el resentimiento. La ciudad -y el país-, por medio de sus burgomaestres, golillas, coadjutores y alguaciles, me había hecho entender la conveniencia de salvar las distancias y partir. Y así partía esa lejana mañana de primeros de noviembre del 44, el corazón embanderado de despedidas, musitando las amargas estrofas baudelairianas:

Un matin nous partons, le cerveau plein de flamme,
Le coeur gros de rancune et de désirs amers,
Et nous allons, suivant le rythme de la lame,
Berçant notre infini des mers:
Les uns joyeux de fuir une patrie infâme;
D'autres, l'horreur de leurs berceaux, et quelques-uns,
Astrologues noyés dans les yeux d'une femme,
La Circé tyrannique aux dangereux parfums.

Me asomaba, pues, a la ventana de un mundo, inédito al parecer, ardiendo por sus cuatro costados, pero dispuesto a restaurar la solidaridad y la convivencia, sacudido convulsivamente por el frenesí de la hazaña heroica. El paquete en que viajaba era el dueño del mar. Ondeaba en el palo mayor de la bandera argentina -neutral y neutralizada, quien sabe por qué misteriosos convenios- a salvo de desagradables encuentros con el periscopio alevoso y la espingarda del trueno. El pasaje era pálido y desvaído: una docena de judíos tristes, cuatro bailarinas frívolas y risueñas con destino a los cabaretes de Balboa, un capitán centroeuropeo que disfrazaba de neurosis su misión de espía internacional y una pequeña caravana deslucida e informe de periodistas sudamericanos que iban a tocar los músculos de acero del Buen Vecino, en solemne visita a las factorías de la muerte. Alguna vez, por el límite del horizonte marino, la masa gris de un acorazado se deslizaba como una gran rata fantasma, mientras desde las cofas, los banderines semáforicos revelaban nuestra tranquila identidad de turistas de la quimera. Pues no otra cosa que una gira alrededor de la quimera es el viaje de nuestro tiempo, ya que la vida actual ha falseado y adulterado la arquitectura de la distancia, deformando el panorama simple y el volumen

normal del mundo. La vispera de nuestra época, el tiempo corría sin prisa y el hombre podía, contemplar primero, y moverse después. Ese orden lógico y racional de la existencia ha sido aparatosamente suprimido. Ahora es preciso caminar sin debilidades contemplativas.

Pero la tierra que estaba descubriendo no era una tierra en llamas. Era una costra informe, paralizada y taciturna. En los puertos del tránsito, hallábamos las dársenas desiertas, las embarcaciones desmanteladas, las aduanas vacías. Los estibadores, bajo la fina lluvia tropical, acudían al llamado de la sirena del paquebote, con el extraño vestido de etiqueta de la zona tórrida: pantalones blancos, torsos negros y antiguos y museísticos paraguas. La falaz alegría de los puertos se había convertido en una tristeza abúlica y marchita y en una soñolienta desesperanza. No era aquel, sin duda, un mundo combatiente, sino un mundo en prematura derrota, desnutrido, opaco y encanijado, empaverecido por los ecos de la tragedia. Se ha dicho que el mundo no es tal como es, sino tal como queremos mirarlo. No obstante mi optimista intención de observador que se inicia, iba encontrado un mundo envuelto en densa niebla crepuscular, desmoronándose en pedazos como un lázaro trágico, a espaldas de una olvidadiza providencia. Aquí y allá habían brotado como sangrientas arañas y malsanos parásitos, trasgos dictadores, duendes aviesos, brujas celestinescas. Los países no eran más que otros tantos dominios personales de esos endeble hombres fuertes, sostenidos por puntales de oro, de propaganda y de perfidia a los que no es posible exterminar en esta América voluble y cambiante, volcánica y estremecida, que, alguna vez, habrá que declararla inaugurada para la creadora función civil y la postergada tarea civilizadora.

“Cuando España se dividió en dos grandes bandos; de un lado yo, del otro los demás -cuéntase que decía Valle-Inclán- escogí México, porque su nombre se escribía con equis”. El ilustre manco barbudo, anatematizador y desencajado, escrutando la carta geográfica del destierro, se colocaba bajo la protección del signo de las incógnitas algebraicas. Así llegaría a México a tejer la aventura interminable de su brazo extraviado, a elaborar su leyenda y realizar su hazaña, entre la bruma verde de las alucinaciones. Dividido este país, a su vez, en otros dos grandes bandos, partí rumbo a México, no para coincidir con el ascético capitán desterciado, ni porque jugando mis cartas al azar fuese mi voluntad ganada por la incógnita, ni porque la leyenda bravía sedujera mi empolvada vocación de guerrillero sin carabina ni guerrilla. Lo hice simplemente porque era el país más distante al que me permitía llegar

mi magro monedero de proscrito. Desde luego, anhelaba entrar en conocimiento con ese discutido espacio bravío, fragoroso y ardiente, de cielo socarrado por el estampido constante de las armas de fuego, de caminos orlados por gigantescos y decorativos nopales, de ciudades levantadas en prodigioso alarde arquitectónico sobre el cieno de las lagunas muertas; habitado por charros discolos y gallardos de guitarra y revólver cuarenta y cinco, inmóviles e imasibles en el páramo cordillerano, bajo el sarape de suaves y calientes matices de arcoiris, en esa espera estoica de la muerte que les hiciera murmurar: “si me han de matar mañana que me maten de una vez”. Anhelaba, también, hallar en el recodo de la vereda campesina, a aquella voluntariosa y enigmática niña Chole que puebla de reflejos de cobre y de broncea sonoridad la estampa musical de la Sonata de Estío, fatigado y torturado por el recuerdo de esa “Circe tiránica de perverso perfume” de que habla Baudelaire.

Así, pues, luego de la travesía plana y sin incidencias; después de desembarcar en las oficinas de higiene de Balboa a las cuatro bailarinas risueñas que, más tarde, se asomarán a las carteleras de la Avenida Central con sus rostros morenos, sus sonrisas iguales, sus semejantes destinos; después, también, de contemplar el espléndido trópico antillano, con sus arbitrarios emperadores Jones y sus siniestros y torvos Smithers; luego de aspirar a pulmón pleno la aromosa voluptuosidad de La Habana, con sus luces, sus frutas, sus mulatas, el barco enfiló la proa rumbo al anubarrado puerto de Tampico.

Cuando desembarqué soplaban por el puerto, las bocanadas grises del viento Norte. Lejos quedaba ya la esplendorosa visión de un trópico decorado por esbeltas y melenudas palmeras, gigantescas orquídeas funerales y diminutos caudillos bárbaros de mestizo barro cocido. El mar tenía esa plomiza palidez de las hetairas en el alba y panzudas barcazas desmanteladas se balanceaban sobre los cojines del sueño náutico. Llegaba en la hora de ámbar de los puertos, cuando se encienden los farolillos policromos, se entreabren los soñolientos párpados de las tabernas y las sirenas tristes y noctámbulas, salen a pregonar su ajada mercancía, oculta bajo las blusas encarnadas. Acaso me sintiese en esa hora un trashumante héroe de O'Neill de agrietado corazón vagabundo; quizás un piloto de balandra al garete evadido del escenario brumoso de la derrota; bien, un alegre marinero internándose a la deriva por los angostos callejones de la aventura. Mas, indudablemente, ya era un pequeño navegante bachillerado por las tormen-

tas, que se enfrentaba con la incógnita del destino y del desatino. El éxodo era una realidad aprehendida en las ansiosas garras, no esa esperanza problemática de otros días. Llevaba en la garganta el denso sabor de un viejo ron de Carúpano trasegado sobre el mostrador de una taberna marinera de Puerto Príncipe, la memoria cribada por las canciones caribes de Toña la Negra y el alma pacificada y tranquila en la contemplación del mar.

Se diría que aquel barco de cautelosa travesía, estaba inaugurando un mar inédito, desconocido y espectral, espacio solitario del tiburón hambriento y de la gaviota acrobática; un mar por el que nadie se hubiese atrevido a navegar antes de ese momento y que iba devorando, imperceptiblemente, la toponimia fantasmagórica del itinerario imprevisto. Desembarcaba, por fin, en la rojiza y milenaria tierra de la serpiente y el águila, por la puerta trasera de una ciudadela desamparada. Asiento de “los veneros de petróleo”, estación obligada de un satanás letrado y contabilista, allí quedaba la zona empalidecida y triste, estéril y pedregosa, regada por las aguas sombrías del Pánuco, a cuyas veras, una marchita humanidad roída por la malaria, tiritaba bajo el azotador e implacable viento invernal. Porque era invierno entonces, en los caminos, en las mujeres y en los árboles. Una coloración de ceniza otorgaba sus lívidos matices a la vegetación circundante, raída y plumiza como la piel de los borricos muertos y amenazados por las macabras volutas atirabuzonadas de los zopilotes voraces. Me hallaba ante un escenario diferente y distante de la deliberada concepción que van edificando en el recuerdo las lecturas, intuiciones y los relatos. Una historia arrogante, una epopeya de crueles fosforecencias, una leyenda de reverberaciones espantables, formaban una vaporizada bruma imprecisa flotando sobre el paisaje que iba a contemplar a lo largo de ochocientos kilómetros de carretera, hasta desembocar, hacia el crepúsculo, en el extraño resplandor de fragua que ciñe al horizonte de México como un cinturón sangriento. Las aldeas, las poblaciones, las ciudades, con sus enrevesados nombres elaborados de equis indescifrables, de tes enhiestas y de eles languidecientes, se desarrollaban como la cinta sin fin de un documental cinematográfico. Melancólicos ranchos abandonados y campesinos con sombreros de palma, comidos por la miseria y cercados por la tuberculosis, acudían a denunciar inconscientemente, con sus figuras desmedradas y sus rortros enflaquecidos, la inequívoca realidad de una revolución escamoteada y diluida, tras inútil y copioso desangre y barbaro crepitar de hogueras en las que se incineró una esperanza y se frustró una pasión de pueblo, en beneficio del

generalito matasiete, del rampante jefecillo sindical y del intelectual confuso, cobarde y melodramático. Aquel no era un inacostumbrado y sorpresivo desenlace. Las revoluciones hispanoamericanas se identifican por una semejanza desobligante: la de la buena intención devorada por el caudillo de retaguardia y el regreso tardío o temprano al punto de partida del despotismo cínico y de la petulancia ineficaz. Pueblos ingobernables suelen decir de nuestros pueblos los déspotas desengañados, cuando en el merecido extrañamiento, se sienten sacudidos por remolinos de hiel. La verdad es más simple y más escueta, ya que esos pueblos no han sido más que sistemática y concienzudamente desgobernados, golpeados en la columna vertebral de sus parcos anhelos, ultrajados por el polizonte de estrella sobredorada, engañados por el cazarro leguleyo que ahora ofrece para mañana traicionar, vendidos por ese auténtico vendepatrias bribón, agente viajero de la democracia que llega hasta los escalones del trono de cualquier sátrapa mulato extendiendo una sucia mano de pedigüeño, con histriónico mascarón de mártir del ideal y víctima de la convicción libertaria. Pero las máscaras se chafan un día bajo las bofetadas justicieras y asoma intacto el verdoso rostro de rufián y su mezquina verdad.

Ascendía por la carretera escarpada, bordendo solemnes breñas macizas y pendientes por las que resbalaba el calosfrío. Por más que hiciese verdaderos esfuerzos por oír los melodiosos acordes de ingenuas marchas revolucionarias y creyera distinguir las secas e indistintas detonaciones de la fusilería, la verdad era que la sombra de Pancho Villa, centauro cruel y guerrillero indómito, reposaba definitivamente su largo sueño de ajusticiado. Por los senderos tortuosos y los vericuetos serranos, no resonaban ya los cascos de su nerviosa cabalgadura. Su espectro estaba confinado entre los paredones de la leyenda, custodiado por una guardia inmóvil de fantasmas. Una errónea y mezquina comprensión de las perspectivas históricas había cedido los despojos del jefe de la División del Norte, para usufructo de folletinistas mediocres y reporteros de prensa amarilla. No se había querido entender ni interpretar su vital significado de personaje telúrico, brotado de la parda meseta mexicana, para encabezar la protesta armada, frente a la plúmbea densidad feudal, a la vanguardia de sus panterunos "dorados". Lo que la historia ha desechado, empero, lo ha reivindicado para sí la leyenda. Aquel Doroteo Arango de las primeras incursiones bandoleras que robaba la res del terrateniente, dispendioso en París y avaro en México, no era más que la tímida e intuitiva protesta contra un estado de injusticia social, latente

y voraz, lamido por las nacientes llamaradas de la revuelta. Lo que en don Francisco Madero fuera un apostólico, incipiente y lánguido síntoma de la tormenta, en Doroteo Arango, cuatrero procesado, acosado por las jaurías federales, se insinuaba como una torrencial e incontenible requisitoria popular que demandaba la humanización de los sistemas y la redistribución de la pobreza. En verdad no se intentaba arrebatarse al rico sus millonarios rebaños, ni sustraerle sus copiosos caudales. Fantasía o certeza, la plutocracia mexicana dirigida por la engarfiada garra de don Porfirio, había establecido un vertical sistema de extorsión que hundía sus agudos puntales en la entraña del campesino mexicano. Una costra opulenta y fina recubría de púrpura la desoladora verdad. Aristocracia crepuscular que descendía del encomendero, la mexicana, se volatilizaba en las espirales de los valeses de Juventino Rosas y en la molición de los placeres importados de Francia. Aún es posible encontrar en los viejos y altaneros palacios barrocos diseminados por las inmediaciones de la Alameda Juárez, del Paseo de la Reforma y en los contornos del bosque de Chapultepec, erizado de barbas verdes, el rastro de ese paso infuloso, preponderante y agresivo de aquellos señorones cetrinos que importaron a un pálido y decadente archiduque Habsburgo, para darse el placer de ornamentar a su país con un postrero resplandor imperial, sin perjuicio de mirarlo desvanecerse, tan fantasmal y efímero como llegara, en el sonoro cerro de las Campanas, sobre la gris y rojiza villa de Querétaro, entre los encarnados uniformes de Miramón y Mejía que, al menos con su muerte, tratarían de disimular el escurridizo desbande de la hora última. Don Porfirio iba a recibir integralmente la herencia enmarañada de ese México fustigado y taciturno. Y en lugar de torcer diestra y rápidamente hacia la auténtica reforma, devino paternal tutor de una aristocracia en naufragio y fustigador implacable de una colectividad depauperada y hambrienta. Por los enarenados senderos de la Alameda del novecientos, rondaba el frívolo y perecido encanto de las sayas abullonadas y las cinturas increíbles de las beldades criollas, escoltadas por el antiguo petimetre de levita y corbata plastrón. Los coches victorianos se alineaban a lo largo del callejón de la Condesa, junto a la Casa de los Azulejos, frente a la fachada desafiante y altiva del Palacio Iturbide. Era el crepúsculo dorado, el sueño de la última vaca gorda, la plácida visión de un tiempo que se hundía blandamente sin percibir las rajaduras terrestres. De los más altos árboles de los alrededores pendían los cuerpos esqueléticos de los ajusticiados en tanto que los "científicos" preparaban sus meticulosos planes para

gobernar a la sombra de la ilustre momia porfiriana, por un plazo de veinte lustros. La momia, engarabitada y marfileña, al parecer era inmortal. Sobre las amplias avenidas en formación se curvaban los lomos grises de pretenciosos edificios públicos que nunca llegarían a concluirse. Iluminada y ascética, surgiría la pequeña estatura estoica de don Francisco Madero y, paralelamente, el Doroteo Arango de la hazaña rural se iría transformando en ese Pancho Villa de la pistola pronta, de la bala certera, de la sonriente crueldad; en esa dura alegoría, en suma, de la ira popular, centauresa del potro macabro y ainazona de la venganza. Pero la más lograda estampa de la revuelta campesina, la más templada y bravía, recia y bárbara musculatura guerrillera, no tiene nada que la recuerde ni la nombre, fuera del folletín truculento y la leyenda sombría. No es que Francisco Villa encarnase con rectilínea sobriedad la pasión rebelde de un pueblo. Era algo más y algo menos que eso: encarnaba por igual la virtud y el defecto, la intuición y el desconocimiento, el valor y el miedo, la generosidad y la sordidez, la brutalidad y la ternura súbita, el desdén a la muerte y a la vida. Para él, parecía hecho el fatalista e impasible decir popular mexicano: “Si tu mal tiene remedio, ¿por qué te apuras? Y si no tiene remedio, ¿por qué te apuras?” Villa no amaba ni ambicionaba el poder. Era una extraña y contradictoria fuerza en marcha. Cuando sus tropas irrumpieron en la ciudad de México, Villa llegó con supersticioso respeto al palacio que yergue su arquitectura imponente en el lienzo frontal del Zócalo. Allí se trepó por las escaleras hasta el que fuera gabinete de trabajo de don Francisco Madero. Contempló con conmovida actitud el sillón presidencial y cuentan que sacando su pañuelo de lunares rojos, limpió el asiento y el espaldar del historiado butacón, se sentó en él para volverse a levantar enseguida como impulsado por secretos mandatos. Se sabía inferior a la responsabilidad de gobierno; entendía que su misión era guerrear, su aspiración, engordar vaquillones en su lejana y fría comarca duranguense, su destino, vislumbrado entre sueños, caer en la emboscada de los liquidadores del desorden.

Villa fue la alegoría vital de un pueblo despertando. Nadie puede dudar acerca de su barbarie alerta: pero, a quien fuera síntesis y expresión de una circunstancia dramática; a quien, ignorante y desposeído, iba a luchar instintivamente porque desapareciesen el despojo y la ignorancia como fundamentos de una sociedad soberbia y rampante, ¿cómo podía exigírsele modales civilizados y procedimientos cultos, cuando se ha visto, más tarde, al correr de los años, mariscales chapoteando en la sangre y el fango, filósofos

encorvados ante el jerarca bestial, intelectuales entregados a la innoble tarea de justificar el asesinato, mientras recogen las migajas caídas del banquete de la tiranía? Ocurre que los grandes movimientos triunfantes suelen acarrear consigo a una retaguardia viscosa que hace y deshace la epopeya a su antojo, escoge y selecciona a sus héroes, proscribire y difumina a los auténticos y va formando densa e impenetrable nata de aceite que comienza por denominarse “equipo”, se transforma en “casta” y concluye en “oligarquía”. La revolución mexicana no podía sustraerse a este fenómeno.

No era difícil descifrar bajo el áspero ceño y la mueca contraída y amarga del hombre mexicano, la dolorida experiencia de un pueblo que concurría a su cita con el destino y amaneciera a la desconcertante comprobación de que, una vez más, su revolución le había sido escamoteada, cínicamente, lúgubramente, sarcásticamente. La lucha le había resultado estéril; el sacrificio, infructuoso. Algo de eso se vislumbraba ya en la novela de Mariano Azuela, *Los de abajo*; mucho de ello se advertía en la demagogia pictórica y en la colorinesca pirotecnia de los murales de Diego Rivera y de David Alfaro Siqueiros; no obstante, la certeza total, palpitaba en el rostro ultrajado del campesino, emigrando de la comarca familiar. Por ahí marchaban, a la orilla de las carreteras, caravanas de campesinos desalentados que iban a laborar la tierra del Buen Vecino que luchaba en Oriente y Occidente, en defensa de un espejismo democrático condenado a vivir, exactamente, hasta la última hora de Roosevelt, para concluir asimilando los métodos que trataba de eliminar.

Yo he visto al charro pobre, sin sarape ni alamares de plata, jinete de jamelgos flacos, despojado de la canción y del guitarró, sin bravuconería folklórica ni matasiete desplante, vagando por los caminos mexicanos de la “huasteca”, con su orza de tortillas endurecidas y su frascuelo de “bacanora”, añorando los tiempos de la “bola” en que aún era posible jugarse la carta de la desesperación en el garito de la muerte. Este es el charro-verdad, no el charro-fábula de la jarana jalisciense, puesto en boga por el burlesco negretismo y su falsa noción viril. Aquél es el charro verídico, fatalista y desorientado; éste el charro de serenata que se alquila por horas en la noche fosforescente, en esa feria de la canción callejera del Tenampa, vertedero de la resaca nocheriega y última cripta funeraria del torero tullido y del hampón que olvidó guardarse las espaldas. Lo he contemplado también sobre la pista de la feria, las piernas férreas ciñendo el vientre de la cabalgadura encabritada o subrayando con los “huaraches” el isócrono y

vivaz bordoneo de los jarabes. He visto al charro en su hora desamparada y triste, desengañando del holocausto impulsivo que no le trajo "tierra ni libertad", arrimado a la torcida puerta de su cabaña, esperando que el relámpago de unas nuevas albas sangrientas anuncie la evasión del espectro de Francisco Villa.

En vano se ha intentado vestirle de oropeles caducos a la cadavérica realidad de la revolución. Del treniendo crisol de la guerra civil no salieron cuajadas las soluciones perseguidas. La tierra le fue arrebatada a su poseedor primitivo para adjudicársela al audaz e irrisorio generalito de trastienda, al licenciado de la universidad de la rapiña, al bronco e emboscado especulador de la miseria. La tierra, su posesión y aprovechamiento, le fue hurtada al creador de la riqueza de los otros: al campesino paciente y resignado. Las anchas veredas del agro mexicano se fueron despoblando progresivamente mientras en los fúnebres cabaretes del turismo -"Cyro's", "Sans-Souci", "Medianoche"-, líderes sindicales de greña atirabuzonada a la Junta Silveti, quebraban altas y finas copas de cristal, disputándose el dividendo pingüe de la huelga triunfante y escupiendo por el colmillo la nicotina del habano. Sin perjuicio, desde luego, de empuñar la luciente pistola "gangsteril" disimulada bajo el "smocking" de incómoda sobriedad.

Era diciembre y soplaban por las calles un helado viento medroso. Los árboles de los paseos y de las avenidas, quemados por la escarcha, mostraban sus esqueléticas armazones, cenicientas y desoladas. Largas carrocerías de pura raza "cadillac", con sus sirenas desafiantes, anunciaban el paso de los nuevos afortunados a quienes la lotería de la guerra civil les cedió el premio gordo. Hinchados y ventrudos, como ídolos asiáticos sumidos en el sueño de opio del engreimiento, estimulaban la ostentación barroca de sus queridas, ornamentándolas de tibias picles polares y de pesadas pedrerías, en tanto que a lo largo de las calles, muchachos desnutridos y lastimeros, trataban de reproducir con un gangoso sonsonete el último bolero de Agustín Lara, el cantor cursilón, verdoso y narcisista que junto a la opulenta madurez de María Félix recordaba a una cucaracha caída por descuido, en un provocativo postre de fresas con crema "chantilly".

Pasajero fortuito de escarcela vacía pero de curiosidad millonaria, dime a medir y comprobar la misteriosa dimensión de México. Anduve con paso tardío y pupila despierta por su recoveco atrayente, por su profundidad elástica, por su topografía sorpresiva. Durante muchas noches rondé en torno al señorío arquitectónico, austero y pulcro, del antiguo Colegio de las

Vizcaínas, de paredones rojizos y calados ventanales en piedra gris. Entonces comprendí que el esperpento valle-inclanesco debió nacer a su sombra, mientras pascaba don Ramón, con sus amarillentas barbas de hiedra seca y su fantasmagórica silueta de aparecido, por las estrechas y pavoridas callejuelas que lo circundan, con sus tabernas sórdidas y sus tugurios trágicos. Antes del viaje a México, don Ramón se movía en una atmósfera saturada del aroma carlista, en pos de la galante aventura bradominesca. La estética de lo horrible y desgarrado, de lo pavoroso y siniestro que apunta en el esperpento, es consecuencia indudable del recuerdo de México, insignificante y larvado en el primer tiempo, desmesurado y agresivo más tarde. Ese juego del espejo convexo que advertía Pedro Salinas al explicar el origen del esperpento, es, sin duda, un afortunado descubrimiento literario, pero una escasa verdad.

Porque en los sombríos pasadizos mexicanos -San Juan de Letrán, Santa María la Redonda, calle del virrey Bucareli y callejón del Degollado- una extraña y pungente humanidad bacteriana, iluminada por linternas verdes, bulle, gesticula, palpita y se desliza como por un intestino al descubierto. El verdinegro lépero y el *tarzanesco* explotador de esmirriadas damas nocturnas, el traficante de beleños indígenas, de alucinaciones satánicas y de ensueños violetas, el ciego cantor de la tarde que concluida la jornada se desprende la capa de parafina de sus amortecidas pupilas y el pordiosero baldado de las esquinas que recobra súbitamente el movimiento, acuden a la cita noherniega de la plazuela de las Vizcaínas por donde rondan pálidas diecitas pecadoras y lúgubres brujas mediterráneas, ofreciendo la complacencia lúbrica y la mercancía inconfesable.

Es la hora de la fiesta procaz en el aquelarre borracho, regada de mezcal y de tequila, de sangre y purulencia, en tanto que el fumador de marihuana empuña la navaja para la puñalada irresponsable y el coronelito De la Gándara trepa por los tejados y se desliza por las chimeneas como un gato lascivo, seguido muy de cerca por los sabuesos del Tirano Banderas. Es la hora del esperpento total, con su uniforme de andrajos y su séquito de musarañas diabólicas, de perversos infanzones, de matones de rostros zurcidos, de guitarristas dementes y aventureras de grandes ojos michoacanos. El esperpento nace entre los últimos resplandores verde-bilis del tugurio entreabierto y las primeras libertadoras luces del alba. Así va tomando forma angulosa y anárquica, bajo la media tinta de la agonía y de la muerte. Todo lo que tiene de goyesca reminiscencia el esperpento, se

retuerce y acusa con vitales escorzos en la contradictoria retorta mexicana, fundiéndose en su limo y revolcándose en su cieno. De allí saldrá caliente y chorreante el titular de las ocho columnas del rotativo mexicano que es, en suma, un minucioso registro del suceso sangriento, sin una sola idea creadora, sin un solo destello de pensamiento esclarecedor y diáfano. Cuando la prensa mexicana se irrita ante las irreverentes opiniones del visitante, el visitante se encoge de hombros pensando que ella misma constituye la mejor réplica. No otra cosa que un sucio esperpento de crueles evidencias y de funestos perfiles es el que traza inconscientemente el reportero truhán y el miserable "chico de la prensa".

He afirmado alguna vez que la mejor novela americana escrita en los últimos treinta años es el *Tirano Banderas*. Ninguna, en mi concepto, ha logrado mayor plasticidad de grupo escultórico, ni ha descornado las cortinas sucias de la pantomima política americana, ni ha penetrado con tan lacerante seguridad en la tramoya de las dictaduras de Tierra Caliente, como la valle-inclanesca diatriba. Mirando la estampa adiposa de Maximino Ávila Camacho, el sátrapa poblano de garra larga y disimulada alevosía, se podía aprender bastante más que en los ensayos sociológicos del señor Vasconcelos. Allí estaba enquistado el fibroma que envenena al organismo mexicano y que se reproduce con desesperante insistencia, cada cinco o diez años. Qué poderosa calidad de esperpento ambulante poesía, con su humanidad tambaleante roída por la ataxia y su guardia de pistoleros insomnes. Víctima de un donjuanismo senil y de una funambulesca vanidad, Maximino, era el generoso animador de una heterogénea corte de los milagros, integrada por la cupletista otoñal y el torerillo de moda, el charro cantor y el periodista famélico, el peluquero de señoras y el charlatán de radio, el caricaturista ambulante y el jefe de sindicato obrero. Su sombra se extendía a lo largo de México con temeroso calosfrío. La gran novela de México, que tiene en él su más caudaloso personaje, aún está esperando al novelista, que habrá de escribirla. Porque, el novelista mexicano, como el de otras latitudes americanas, ha concluido por estimar que únicamente el hombre de la gleba es susceptible de captura para sus fines literarios. Hasta hoy el novelista no ha intentado enfocar otras zonas y otros personajes. El indio, el mestizo y el mulato, son sus exhaustos campos de experimentación. No ha querido penetrar todavía en ciertas capas sociales por temor, desconocimiento o, acaso, por pura falta de imaginación. Los novelistas de pretenciosa y pretendida insurgencia -insurgencia de forma, no de intención

ni fondo- han pasado de largo cuando han corrido el riesgo de rozar ciertos nervios neurálgicos.

Mas no todo sería rasgo esperpéntico, estética terrible o acechanza maligna en la mexicana peregrinación. El tibio y mañanero sol de invierno invitaba a las largas caminatas por los senderos del Paseo de la Reforma y los túneles verdes del bosque de Chapultepec. En los primeros, identificaría a Jules Romain haciendo corretear a su lanudo *setter* escocés; el bigote entrecano y el ceño triste recordaban el drama de una Francia desunida y estremecida al rayar el alba del rencoroso despertar. Romain, desde su mirador del rascacielos de la Latinoamericana, contemplaba la espesa arboleda, doblemente nostálgico de su tierra francesa, por francés y por ausente. El francés de esos días repetía con incalculable ternura el verso de Aragón: “Francia tu nombre escribo” y empezaba a intuir que, la tierra, era “algo más que la tierra”, vista desde la abrupta soledad y la distancia tiritante.

Nada, sin embargo, más aterciopelado y tranquilizador que perderse por las callejuelas del bosque, prodigioso muestrario vegetal, ínsula verde en medio de la topografía cenicienta, refugio sedoso y blando de los ausentes de otras tierras. Mientras las gentes rugen en las calles y se asfixian en los tranvías, Chapultepec permanece extrañamente solitario, habitado por pájaros inverosímiles y por hurañas “misses” esqueléticas que llevan bajo el brazo suaves novelas de Elynor Glynn o pesados textos de filosofía teutona. De tarde en tarde, el silencio selvático es quebrado por el tropel de un pequeño escuadrón de charros que marcha al picadero para el diario entrenamiento de la proeza. No hay rumor de ciudad en el refugio grato. La fronda amortigua los broncos ruidos urbanos y por la rampa de piedra del alcázar, ruedan las sombras de la emperatriz demente y del fusilado emperador de las barbas de oro. El turista no llega a estos lugares de meditación y de reposo. Allá se queda girando en torno a los escaparates de la Avenida Madero, en busca del asombroso *souvenir* que acreditará su permanencia en México o, bien, toma pasaje tranviario para mirar la tarjeta postal de Xochimilco, con sus barcas floridas y sus canales pestíferos, sus merenderos de ardientes salsas y sus chinas poblanas reclutadas en la Avenida Álvaro Obregón. Por eso es inapreciable, encantador y deslumbrante, el musgoso y añoso bosque de Chapultepec, de noche clausurada para el viandante, pero de pródiga mañana generosa,

abierta para el hombre que extravió su horizonte y jamás volverá a capturarlo.

La calle mexicana es un inesperado bazar de la sorpresa, de todas las sorpresas. En ella, durante los primeros días ásperos y desconcertantes, se tiene la sensación de que esa humanidad que habita en los frescos pictóricos con que han sido embadurnados los venerables muros de los palacios mexicanos, se ha volcado súbitamente por la ciudad, sin permiso de sus autores o de sus guardianes, en una silenciosa manifestación de protesta. Cabe en verdad preguntarse si el arte ha imitado a la naturaleza o la naturaleza ha imitado al arte. Porque en el caso de ese supuesto amanecer de un arte nuevo en la pintura mexicana, séame permitido oponer una rotunda negativa. Las fórmulas francamente demagógicas de la pintura mexicana no constituyen el despuntar de una alba artística. Constituyen un engañoso espejismo, tramposo y desleal, que no persigue más que exhibición, escándalo y propaganda destinada a traducirse en artificiales valoraciones. Se ha convenido en que el deber fundamental del pintor consiste en pintar, no en embadurnar con petulante desdén hacia las inalterables leyes de la pintura. La fórmula pretenciosa de la "pintura sociológica" resulta, a la luz de la lámpara del análisis, tan inconsistente y absurda como la de la "poesía de combate". O se hace pintura o se hace sociología, o se hace poesía o se hace polémica; la fusión o la duplicidad de intención en la pintura o en la poesía, desvirtúan su misión esencial. No es preciso, para realizar obra de contenido revolucionario, trazar un cuadro como quien traza un plan de batalla o escribir un poema como quien editorializa para un periódico de partido. La sensibilidad, la capacidad de captar la angustia circundante, utilizarla y expresarla con sincero y desnudo propósito, son más que suficientes y, excesivas tal vez, para la realización de la obra destinada a perdurar, por sobre momentáneas mareas políticas y deliberadas orientaciones. Si algo contribuyó a aclarar notablemente mi manera de estimar el hecho político mexicano, fue la lenta y obstinada contemplación de la obra visible de quienes soberbiamente se denominan a sí mismos los "grandes de la pintura contemporánea". De ellos, únicamente Orozco posee auténtica estatura creadora. Que en cuanto a Diego Rivera y a Siqueiros no pasarán de ser la simple anécdota del arte contemporáneo y la historia recogerá sus nombres a la hora de establecer responsabilidades en el asesinato de León Trotski. El auge de pura cepa "snob" que obtuvo hace quince o veinte años la pintura de estos dos hábiles administradores del desplante, ha caducado. Alguna vez

habrá oportunidad de extenderse acerca de esa pretendida rebelión de los pintores -que cierto apresurado y deslumbrado crítico centroamericano, trató infructuosamente de explicar- en un capítulo que podría titularse, más o menos: “Los pintores, los frescos y otros frescos...”

Es de la calle de donde surge, hilarante reverso del medallón de la tragedia, la figura simbólica de Cantinflas, con su azarosa verbosidad y su disparatada terminología. Cantinflas es un resumen y un trasunto de la hora mexicana que se debate entre dos luces mortecinas. Tal como Pancho Villa fuera la recia alegoría de un pueblo en armas, Cantinflas es la burlona alegoría de un pueblo de derechos arrebatados y esperanzas escamoteadas que ríe sin fatiga para eludir el llanto. No es el hombre de México inclinado a la llorosa resignación del de otros climas. Atisba y previene mientras le llega la hora de juzgar. En tanto lanza su “clown” a la arena del picadero, le delega su irónica protesta y expresa con su lenguaje enrevesado y caótico, la concepción de tiempo y de su drama. He oído las más contradictorias y audaces opiniones acerca de esa indómita fierrecilla, nacida como un hongo de burla, bajo las candilejas de un teatro de relajo de San Juan de Letrán. No es el genial gemelo de Charlot, ni su réplica, ni su consecuencia. Cantinflas es la concreción del drama mexicano en función de broma; es la conversión de lo barroco a lo grotesco; es la evasión formal de la tragedia y el advenimiento del disparate, danzando sobre la panza azulena del olvidado cadáver del guerrillero. El melodrama ha devenido sainete y, la tragedia, jacarandoso fin de fiesta. Como un pequeño duende trascendental, Cantinflas ha reclamado la palabra para decir el caos de su espacio y la anarquía de su tiempo, frente a un auditorio de diferentes reacciones: el docto indignado lo juzga estúpido, el inocente del cielo lo supone modelado en la divina arcilla del donaire. Acaso uno y otro se hallen equivocados y no acierten a entender que, Cantinflas, no es otra cosa que la tímida rebelión del hombre que ha perdido la costumbre de rebelarse e ignora contra qué y contra quiénes tiene el deber de rebelarse.

“Vaya al mercado de La Lagunilla y encontrará la cuna *del cantinflismo*”, díjome un entrañable amigo de mis mejores horas mexicanas. Allá fui una mañana, a recorrer de punta a punta, la prodigiosa feria del disparate. Desde la araña de cristal hasta el pedazo de herradura, podían adquirirse en sus atiborrados barracones. Mas no era aquello lo característico del lugar. Era la fábula indescifrable, arbitraria y heroica, que empleaban los vendedores de baratijas para deslumbrar a los atentos auditorios. El charlatán callejero tan

familiar a los mercados criollos, posee allí un título o dignidad especial. *Merolico* lo designa el pueblo mexicano y es ese nombre como un diploma de bachiller de la sagrada elocuencia de la feria. Cualquiera de ellos podría reemplazar con ventaja a Cantinflas y muchos de ellos desempeñarían con mayor dignidad, aquí y allá, las ceremoniosas diputaciones parlamentarias. Qué indescriptibles giros y qué onomatopéyicos absurdos suelen oírse en las barracas de los merolicos. Sólo que éstos, al fin, únicamente juegan con la credulidad de sus auditorios, jamás con los destinos de su pueblo.

Así recorrí y medí la varia dimensión mexicana. José Bergamín, albacea del pensamiento de Unamuno en el destierro, me ofreció, cordial, un asiento a su diestra en la meridiana tertulia de *Al's*. Petere, García Bacca, Paco Giner y el pintor cordobés Rodríguez Luna, fueron mis contertulios habituales. La comprensiva masonería del exilio me aceptó entre su filas de nostalgia, de indignación y de recuerdo. No iba a quedarnos más remedio que esperar que el mundo quisiera cambiar de signo y que la perfidia política quisiera regresar a su cubil. Decrecía el incendio, y sobre las lejanas comarcas de Hiroshima y Nagasaki, descendía la muerte simultánea en su paracaídas de fuego. Desde la mesa de café contemplábamos amanecer una era aún más dramática y amenazadora que la que habíamos visto morir. El mundo se iba quedando desierto de hombres buenos, ganado por la invasión de los espectros. Yo miraba a las gentes, a los árboles y a las calles, por última vez. No volvería nunca a contemplar los balcones floridos de bugambillas de una distante Niña Chole de la calle de Londres; tampoco volvería a estrechar la menuda mano de nácar de María Asúnsolo, dulce ejemplar de mujer sin tiempo, altiva y funeral como una orquídea, insular y extraviado nenúfar flotando sobre la ciénaga florida.

Ya había desgarrado la lejanía, ya había levantado las cortinas de la distancia, ya había tendido mi corazón a secar al sol de los crepúsculos de otoño. Penetré por Tampico y salí por Acapulco. Había trazado sobre el paisaje de México una gran línea diagonal de noreste a sudoeste tal y como hacen los contabilistas con las facturas revisadas. Había trabado conocimiento con el perfil de la quimera y anhelaba partir de nuevo, desinteresadamente, acaso sí acuciado por la definición baudelairiana:

“Los verdaderos viajeros son aquellos que parten por partir y sin saber por qué, dicen siempre: partamos...”

Cerraba, pues, aquel balance anual de mi sentimiento con una afirmación: el destierro; con una negación: la máscara caída de la quimera. Había

aprendido a entender el mundo y a vislumbrar el secreto de la sabiduría que, tal vez, consista únicamente, no en pretender que los demás sean como nosotros, sino, en no parecerse a los demás, sencillamente.